

Venerable Tomás de Kempis

**IMITACION
DE CRISTO**

Editorial

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA

Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78

www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-462-1

Depósito legal: M. 15.580-2010

Impreso por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

Impreso en España / Printed in Spain

LIBRO I

CONSEJOS QUE SIRVEN PARA LLEVAR VIDA ESPIRITUAL

Capítulo I

IMITACION DE CRISTO Y DESPRECIO DE TODAS LAS VANIDADES DEL MUNDO

1. «El que me sigue no va a oscuras», dice el Señor. Estas palabras son de Cristo y con ellas nos enseña a imitar su vida y sus virtudes, si queremos gozar de la luz verdadera, y librarnos de la ceguera del alma.

Por esa razón, que la meditación acerca de la vida de Jesucristo sea el más profundo de nuestros estudios.

2. La enseñanza de Cristo es superior a todas

las enseñanzas de los santos; y el que tenga su espíritu, en ella encontrará un maná escondido.

Pero suele suceder que muchos, aunque oigan con frecuencia el evangelio, pocas ganas sienten de practicarlo, por faltarles el espíritu de Cristo.

En cambio, el que quiera adquirir la plena y sabrosa inteligencia de las palabras de Cristo tiene que esforzarse por arreglar toda su manera de vivir conforme a la de él.

3. ¿De qué te sirve hablar profundamente acerca de la Trinidad, si no tienes humildad, y por eso desagradas a la misma Trinidad?

Verdaderamente, los discursos profundos ni santifican a nadie, ni lo justifican. La vida virtuosa es lo que hace a uno agradable a Dios.

Quiero más bien sentir la compunción, que saber su definición.

Si supieras de memoria toda la Biblia y las doctrinas de todos los filósofos, ¿de qué te sirviera todo eso sin el amor y la gracia de Dios?

«Vanidad de vanidades, todo vanidad», menos el amar a Dios y servirle a él solo.

Esta es la sabiduría suprema: encaminarse al Reino de los Cielos con el desprecio del mundo.

4. De modo que es una locura el andar buscando riquezas que se acabarán, poniendo en ellas la esperanza.

Es también locura el aspirar a honores, elevándose a alta posición.

Es una locura el dejarse arrastrar de las pasiones

carneles, apeteciendo placeres por los cuales al cabo se tiene que sufrir terrible castigo.

Es una locura desear larga vida, cuidando poco de que sea buena.

Es una locura el preocuparse solamente de la vida presente, sin previsión ninguna de la vida futura.

Es una locura el aficionarse a lo que tan pronto se acaba; el no afanarse por llegar allá donde los gozes duran para siempre.

5. Recuerda con frecuencia este adagio: «ni el ojo se sacia de ver, ni el oído de oír».

En consecuencia, empéñate por arrancar tu corazón del amor a las cosas visibles, apegándolo a las invisibles. Pues los que se dejan llevar de sus sentidos manchan su conciencia, y pierden la gracia de Dios.

Capítulo II

POCA ESTIMA DE UNO MISMO

1. Todos tenemos por naturaleza el deseo de saber. Pero, ¿de qué sirve saber, si no se teme a Dios?

No hay ninguna duda de que vale más el humilde campesino que sirve a Dios, que el orgulloso filósofo que se descuida de sí mismo por estar mirando el curso de las estrellas.

El que se conoce bien, se tiene en poco, y le disgustan los elogios de los hombres.

Si yo supiera cuanto hay en el mundo, sin estar en gracia, ¿de qué me sirviera ante Dios que por mis obras me juzgará?

2. Que se te enfríe ese ardor excesivo de saber, porque en eso hay gran distracción y grande ilusión.

En efecto, a los sabios les gusta aparecer sabios, y tener fama de sabios.

Hay muchas cosas que poco o nada le importa al alma el saberlas.

Muy tonto es quien se dedica a lo que no le ayuda a salvarse.

La multitud de palabras no llena el alma; la vida buena es lo que da descanso al espíritu; la conciencia pura engendra una gran confianza en Dios.

3. Mientras más sepas, y con mayor perfección lo sepas, tanto más severo será tu juicio, si no vives con mayor santidad.

De modo que no te enorgullezcas por ninguna ciencia que se te de, ni por ningún arte; antes bien, vive temeroso de poseer tales conocimientos.

Si a ti te parece que sabes muchas cosas, y que las entiendes bastante bien, no dejes de pensar que son todavía muchas más las que ignoras.

«No te subas en tu opinión»; mejor confiesa tu ignorancia.

¿Por qué quieres preferirte a todos, habiendo tantos más sabios que tú, y más peritos en la ley?

Si quieres aprovechar lo que aprendas y sepas, procura que ni te conozcan, ni te tengan en nada.

4. La más profunda y útil de todas las ciencias es el conocimiento exacto y la desestima de uno mismo.

Gran sabiduría, gran perfección, es el no tenerse uno en nada, teniendo siempre a los otros en buena y elevada opinión.

En caso de ver pecar evidentemente a otro, o aun de verlo hacer cosas graves, ni aun así debes creerte mejor que él, porque no sabes si permanecerás siempre en la virtud.

Porque todos somos frágiles; pero no vayas a creer que ninguno es más frágil que tú.

Capítulo III

ENSEÑANZA DE LA VERDAD

1. ¡Dichoso el hombre a quien la Verdad misma enseña, así como ella es, no por medio de figuras y voces que mueren!

El pensamiento y el sentido con frecuencia nos engañan, y poco es lo que ven.

¿De qué sirve cavilar tanto acerca de cosas ocultas y oscuras por cuya ignorancia no se nos reprenderá en el juicio?

Gran tontería es el descuidar lo útil y necesario por atender a lo curioso y dañoso. De veras que tenemos ojos y no vemos.

2. ¿Qué nos importan a nosotros los géneros y las especies? El hombre a quien habla el Verbo Eterno, de muchas opiniones se desenreda. Porque todo viene de ese Verbo Eterno, y todo dice una sola cosa: el principio, el cual nos habla.

Sin él nadie entiende, ni juzga bien.

Firme tiene su corazón, en Dios descansa tranquilo, el hombre para quien todas las cosas son una sola, las reduce todas a una sola y las ve todas en una sola.

¡Oh Dios que eres la verdad! Haz que esté unido a ti con un amor eterno.

A menudo me aburro de oír y de leer tantas cosas.

En ti está todo lo que quiero, y todo aquello por que suspiro.

Que callen todos los maestros, que todas las criaturas enmudezcan en tu presencia; sólo tú háblame.

3. Cuanto más unificado esté uno interiormente y más simplificado exteriormente, tanto más cosas y tanto más profundas entiende sin trabajo; porque de arriba recibe luz para entenderlas.

Un alma pura, sencilla y constante, no se disipa entre muchas ocupaciones; porque todo lo hace por el honor de Dios, procurando no ocuparse en la busca de sí misma.

¿Quién te estorba y te molesta más que los afectos inmortificados de tu propio corazón?

Una persona buena y piadosa primero dispone en su interior aquellas obras que exteriormente tiene que hacer.

No la arrastra su mala inclinación a ejecutarlas; al contrario, la hace doblegarse al imperio de la recta razón.

¿Quién sostiene más dura lucha que aquél que trata de vencerse?

Nuestra ocupación debiera consistir en vencernos, en hacernos cada día más fuertes que nosotros mismos, en ir mejorando un poco todos los días.

4. Toda perfección de esta vida va junta con alguna imperfección; y ninguna de nuestras concepciones está libre de oscuridad.

El humilde conocimiento de ti mismo es camino más seguro para llegar a Dios que las profundas investigaciones de la ciencia.

No es reprobable la ciencia, ni ningún otro conocimiento más sencillo de alguna cosa buena en sí y ordenada por Dios; pero siempre hay que preferir la buena conciencia y la vida virtuosa.

Mas como muchos ponen más empeño en adquirir el saber que en vivir bien, a menudo se extravían, y aprovechan poco, y aun casi nada.

5. ¡Oh, si tan activos fueran para arrancar de raíz los vicios y cultivar las virtudes, como lo son para suscitar disputas, no habría tantos pecados y

escándalos entre el pueblo, ni tanta relajación en los monasterios!

Seguramente que el día del juicio no se nos va a preguntar qué leímos, sino qué hicimos; ni qué tan bien hablamos, sino qué tan religiosamente vivimos.

Dime: ¿dónde están todos aquellos señores, todos aquellos maestros que tan bien conociste cuando aún vivían y en sus estudios florecían? Ya otros ocupan sus canongías, y quién sabe si de ellos se acordarán. En vida parecerían valer algo; ahora ya no hay quien hable de ellos.

6. ¡Oh, qué pronto pasa la gloria del mundo! ¡Ojalá que su vida hubiera sido conforme a su saber! Entonces sí habrían estudiado y leído como se debe.

¡Cuántos del siglo se pierden por la vana ciencia, por cuidar poco de servir a Dios!

Como prefieren la grandeza a la humildad, piensan puras vanidades.

Pero es verdaderamente grande el que tiene gran caridad.

Es realmente grande el que para sí mismo es pequeño, teniendo en nada todas las alturas del honor.

Es verdaderamente sensato el hombre que por ganarse a Cristo considera como estiércol todo lo terrenal.

Por fin, es verdaderamente sabio el hombre que hace la voluntad de Dios, renunciando a la suya propia.

Capítulo IV

PRUDENCIA EN LAS ACCIONES

1. No hay que fiarse de cualesquiera palabras o sugerencias. Las cosas deben pesarse ante Dios con precaución y con calma.

¡Ay, que tan a menudo creemos y decimos del prójimo más bien lo malo que lo bueno, porque así somos de frágiles!

Mas las personas perfectas no creen a la ligera todo lo que se les cuenta; porque bien conocen la fragilidad humana inclinada al mal, y en palabras bastante pecadora.

2. Es gran sabiduría el no ser precipitado para hacer las cosas, y el no aferrarse tercamente al propio parecer.

Es una parte de tal sabiduría el no creer cualesquiera palabras humanas, y el no ir luego a contarles a otros lo que se oyó decir, o se creyó.

Toma consejo de hombres prudentes y de conciencia. Prefiere el consejo de personas mejores que tú a seguir los pensamientos de tu cabeza.

La pureza de vida hace al hombre sabio a lo divino, y experto en muchas cosas.

Cuanto más humilde sea uno para sí mismo, y más obediente a Dios, tanto más prudente y tranquilo será en todos sus actos.

Capítulo V

LECTURA DE LA BIBLIA

1. En la Sagrada Escritura debe buscarse la verdad, no la elocuencia.

Toda la Sagrada Escritura debe leerse con el mismo espíritu con que se compuso.

Cuando leemos la Escritura, más bien debemos buscar en ella la utilidad que la gracia del lenguaje.

Con igual gusto leamos libros devotos y sencillos, que sublimes y profundos.

No repares en la autoridad del escritor, si sería hombre de muchas o pocas letras. Que el puro amor de la verdad te lleve a leerlo.

No preguntes quién lo dice; mira lo que se dice.

2. Los hombres se acaban; «la verdad de Dios dura eternamente».

Dios nos habla de varias maneras, sin acepción de las personas de quien se vale.

Muchas veces la curiosidad nos estorba cuando leemos las Escrituras; pues queremos entender y discutir ciertos pasajes que debieran leerse sencillamente y de paso.

Si queremos sacar provecho de su lectura, léelas con humildad, sencillez y fe, sin pretender jamás la reputación del saber.

Que te guste preguntar. Escucha callado las pa-

labras de los santos; no te caigan mal los dichos de los viejos, porque no se dicen sin razón.

Capítulo VI

AFECTOS DESORDENADOS

1. Siempre que uno desea algo fuera de orden, inmediatamente pierde la tranquilidad del alma.

Los orgullosos y los codiciosos nunca están tranquilos, mientras que los humildes y los pobres de espíritu viven en una paz muy grande.

Un hombre que todavía no está bien mortificado interiormente, es fácilmente tentado y vencido de cosas pequeñas y bajas.

Un hombre de alma débil, y en alguna manera todavía carnal e inclinado a las cosas sensibles, a duras penas puede contener totalmente los deseos terrenales.

Por eso se entristece con frecuencia cuando huye de ellos, y fácilmente se enoja cuando alguno le hace resistencia.

2. Mas cuando consigue lo que quería, luego le remuerde la conciencia; porque se dejó arrastrar de sus pasiones, cosa que en nada le ayuda para alcanzar aquella paz que perseguía.

De manera que la paz verdadera del alma no se

consigue cediendo a las pasiones, sino resistiéndoles.

Por eso, no está en paz el alma del hombre carnal, ni tampoco la del hombre entregado a las cosas exteriores; pero sí está la del hombre fervoroso y espiritual.

Capítulo VII

CONTRA EL ORGULLO Y SUS VANAS ESPERANZAS

1. Insensato aquel que pone la esperanza en los hombres, o en la demás criaturas.

No te avergüences de servir a otros por amor a Jesucristo, ni de parecer pobre en esta vida.

No te apoyes en ti mismo; pon en Dios toda tu esperanza.

Haz lo que puedas, y Dios vendrá en ayuda de tu buena voluntad.

No te atengas a tu saber, ni a la maña de mortal alguno; más bien confía en la gracia de Dios, el cual ayuda a los humildes y humilla a los presuntuosos.

2. Si eres rico, no te jactes de tus riquezas. Tampoco de tus amigos, porque sean influyentes. Pon toda tu gloria en Dios, el cual nos da todas las

cosas, y aún se quiere dar a sí mismo sobre todas las cosas.

No te enorgullezcas de ser alto de cuerpo, o buen mozo; porque la belleza corporal se afea y se acaba con cualquier enfermedad.

No te complazcas en tu habilidad y talento; para que no desagrades a Dios, de quien viene todo lo bueno que la naturaleza te dio.

3. No te creas mejor que otros; no sea que por peor seas tenido ante Dios, el cual sabe lo que hay dentro del hombre.

No te dé soberbia de tus buenas obras; porque los juicios de Dios, a quien muchas veces desagrada lo que a los hombres agrada.

Si algo bueno tienes, para guardar la humildad piensa que otros serán mejores.

No te daña ponerte después de todos; sí te dañaría muchísimo ponerte antes de uno solo.

En el corazón del humilde reina una paz continua, mientras que en el corazón del soberbio hay frecuentes arrebatos de envidia y de cólera.

Capítulo VIII

EVITEMOS LA FAMILIARIDAD EXCESIVA

1. No descubras tu corazón a cualquiera; trata

tus asuntos con personas prudentes y temerosas de Dios.

Trata poco con jóvenes y extraños.

Ni adules a los ricos, ni te guste ir a ver a los grandes.

Busca la compañía de personas sencillas y humildes, de piadosos y virtuosos; con ellos trata de cosas edificantes.

No tengas familiaridad con ninguna mujer. Encomienda a Dios a todas las mujeres buenas, en general.

No pretendas gozar de otra familiaridad que la de Dios y de sus ángeles; huye del conocimiento de los hombres.

2. Caridad para todos; familiaridad no conviene.

A veces pasa que una persona no conocida brille por su buena fama y que con su presencia se apegue ante quienes la miran.

A veces creemos agradar a los demás con nuestro trato, siendo así que más bien empezamos a desagradarles, porque miran nuestra mala manera de portarnos.

Capítulo IX

OBEDIENCIA Y SUJECION

1. Cosa muy grande es la vida de obediencia, el estar bajo superior y no mandarse solo.

Hay más seguridad en ser súbdito que en ser superior.

Muchos viven en obediencia más por fuerza que por caridad.

Esos sufren, y con facilidad murmuran. Jamás alcanzarán libertad de espíritu, si no se sujetan por Dios, y de todo corazón.

Vete a donde quieras, que no hallarás reposo, sino en la humilde sujeción bajo el mando de un superior. A muchos ha engañado el pensar en otros lugares, y mudarse allá.

2. Es cierto que a cada cual le gusta obrar conforme a su parecer, y que siente más simpatía por los que piensan como él.

Pero, si está Dios con nosotros, es necesario abandonar a veces nuestro propio parecer por guardar paz.

¿Hay persona tan sabia que sepa bien todas las cosas? Por eso, no tengas una confianza demasiada en tu buen juicio; oye de buena gana las opiniones ajenas.

Si tu parecer es bueno, y por Dios lo dejas para seguir otro, más aprovecharás de allí.

3. En efecto, muchas veces he oído decir que el escuchar un consejo y seguirlo es cosa más segura que darlo.

También puede suceder que sea bueno el parecer de cada cual. Pero, el negarse a ceder a otros cuando así lo pida alguna razón, o alguna causa, es una señal de soberbia y terquedad.

Capítulo X

NO HABLEMOS DEMASIADO

1. Siempre que puedas, evita meterte al bullicio de los hombres, porque las pláticas de cosas del mundo hacen mucho mal, aunque se tengan con recta intención. La vanidad fácilmente nos mancha y nos arrastra.

¡Cuántas veces hubiera querido no haber hablado, ni estado entre los hombres!

Pero, ¿por qué nos gusta tanto hablar y platicar los unos con los otros a pesar de que pocas veces volvemos al silencio sin daño de la conciencia?

Nos gusta mucho platicar, porque deseamos consolarnos mutuamente con la plática, dando descanso a nuestros corazones cansados de pensar tantas cosas.

Con muchas ganas hablamos y pensamos de lo que mucho amamos o deseamos, y de lo que pensamos ser contra nosotros.

2. Pero, ¡ay! A menudo insustancial y vanamente; porque esa consolación exterior se tiene con no pequeña pérdida de la interior y divina.

Por eso, se debe velar y orar para que el tiempo no se gaste inútilmente.

Si se puede y conviene hablar, habla de cosas edificantes.

La mala costumbre y el descuido de nuestro

aprovechamiento contribuyen grandemente a que no guardemos la lengua.

Por el contrario, las conversaciones piadosas acerca de cosas espirituales ayudan bastante al adelanto, especialmente cuando personas de igual corazón y espíritu se juntan en Dios.

Capítulo XI

COMO SE ALCANZA LA PAZ Y DEL CELO POR ADELANTAR

1. En gran paz podríamos vivir, si no quisiéramos meternos en lo que otros dicen y hacen, en cosas que a nosotros no nos importan.

¿Cómo podrá durar mucho en paz el que se enreda en cuidados ajenos, el que sale a buscar ocasiones, el que recoge su espíritu poco, o pocas veces?

Dichosos los sencillos, porque en mucha paz vivirán.

2. ¿Por qué fueron algunos santos tan perfectos y contemplativos?

Porque se empeñaron en mortificar plenamente todas sus pasiones terrenales, pudiendo de esa manera unirse a Dios con todo el fondo de su alma, y dedicarse libremente a sí mismos.

Mas a nosotros nos tienen demasiado ocupados nuestras pasiones, y nos inquietan demasiado las cosas pasajeras.

Pocas veces dominamos totalmente un solo vicio; y no nos encendemos en deseo de adelantar todos los días; por eso seguimos tibios y fríos.

3. Si ya estuviéramos bien muertos a nosotros mismos y sin estorbos ningunos interiores, hasta podríamos saborear las cosas divinas, y probar un poquito de la celestial contemplación.

El mayor obstáculo, todo el obstáculo, consiste en que no estamos libres de las pasiones y concupiscencias, ni nos esforzamos por emprender el camino perfecto de los santos.

Apenas nos viene una pequeña adversidad, luego nos desalentamos, y vamos en busca de consuelos humanos.

Si como hombres valientes nos esforzáramos por ganar la batalla, seguramente veríamos venir sobre nosotros la ayuda del Señor desde el cielo.

Porque el Señor está listo para ayudar a los combatientes que esperan en su gracia, ya que nos presenta ocasiones de combatir, para que triunfemos.

Si ponemos todo el progreso religioso en puras observancias exteriores, pronto se nos acabará la piedad.

Pero no: demos hachazos a la raíz, para que libres de las pasiones, seamos dueños pacíficos de nuestras almas.

4. Si cada año nos quitáramos de raíz un solo vicio, pronto seríamos perfectos.

Pero, al contrario, en estos tiempos muchas veces sentimos haber sido mejores y más puros, al principio de la conversión, que tras muchos años de profesión.

El fervor y el progreso debieran crecer todos los días. Mas en estos tiempos ya se tiene en mucho que uno pueda conservar algo del primer fervor.

Si al principio nos hiciéramos tantita violencia podríamos después hacer todo fácil y alegremente.

5. Duro es dejar lo acostumbrado; más duro todavía es ir en contra la propia voluntad.

Pero, si no vences lo pequeño, lo fácil, lo más difícil ¿cuándo lo vencerás?

Resiste desde el principio a tu inclinación; echa en olvido la mala costumbre; no sea que paso a paso te meta en peores dificultades.

¡Oh! A mí me parece que si tú pensaras cuánta paz podrías adquirir, y cuánto gusto les darías a los demás con tu buena conducta, más empeñoso fueras para el progreso espiritual.

Capítulo XII

LA ADVERSIDAD ES UTIL

1. Nos sirve tener algunas veces dificultades o

contrariedades, porque suelen hacer que el hombre vuelva en sí, reconociendo que es un desterrado, para no poner su esperanza en ninguna cosa de este mundo.

Nos sirve tener a veces contradicciones, y que otros piensen mal e injustamente de nosotros, a pesar de que nuestras acciones sean buenas, y nuestras intenciones sean rectas. Tales cosas suelen ayudarnos a ser humildes, y nos protegen contra la vanagloria.

Porque entonces apelamos con más ganas a Dios, que es testigo de nuestro corazón, cuando en el mundo exterior nos desprecian los hombres, y no nos quieren creer.

2. Por eso debiera el hombre afianzarse en Dios de tal manera que no tuviera necesidad de buscar muchos consuelos humanos.

Cuando un hombre de buena voluntad está afligido, o tentado, o perturbado de malos pensamientos, entiende más bien que necesita de Dios, dándose cuenta de que sin él no puede hacer nada bueno.

Es entonces cuando se entristece, gime y ruega, a causa de las miserias que sufre.

Es entonces cuando se fastidia de la vida, deseando que ya venga la muerte a soltarlo, para irse a vivir con Cristo.

También es entonces cuando ve claro que en este mundo no puede haber completa seguridad, ni paz imperturbable.

Capítulo XIII

RESISTENCIA A LAS TENTACIONES

1. Mientras vivamos en el mundo, no podremos estar libres de aflicciones y tentaciones.

Por eso está escrito en Job: «La vida del hombre sobre la tierra es una tentación continua».

Por esa razón debiéramos todos estar alerta contra las tentaciones, velar y orar, para que el diablo no encuentre modo de sorprendernos; el diablo que nunca duerme, «antes bien anda dando vueltas en busca de alguno que tragarse».

No hay ninguno tan perfecto y tan santo, que no tenga algunas veces tentaciones; no podemos librarnos totalmente de ellas.

2. Sin embargo, las tentaciones son muy útiles al hombre, si bien molestas y pesadas; porque con ellas se humilla uno, se purifica, se instruye.

Todos los santos han pasado por muchas aflicciones y tentaciones; sin embargo, han adelantado.

Pero, los que no han tenido valor para aguantar las tentaciones han sido desechados como réprobos, y han sucumbido.

No hay orden religiosa tan santa, ni lugar tan apartado, donde no haya tentaciones o adversidades.

3. El hombre no está enteramente seguro contra las tentaciones durante su vida, porque dentro de

uno está el origen de ellas, la concupiscencia, con la cual nacemos.

Apenas se retira una tentación, o tribulación, cuando llega otra. Así tenemos siempre algo que sufrir, por haber perdido el don de la felicidad original.

Muchos tratan de escapar de las tentaciones; pero tropiezan más peligrosamente en ellas.

Si sólo huimos de ellas, no podemos vencerlas. Pero, si nos armamos de paciencia y verdadera humildad, nos ponemos más fuertes que todos nuestros enemigos.

4. El que se aparte de ellas sólo exteriormente, sin arrancar su raíz, poco progreso hará. Y aún volverán más pronto sobre él las tentaciones, y peor las sentirá.

Las vencerás mejor poco a poco, si tienes constancia y magnanimidad, y con la ayuda de Dios, que con la propia dureza al que la sufra. Al contrario, infúndele consuelo, como quieras tú que contigo hicieran.

5. El origen de todas las tentaciones fatales es la inconstancia del espíritu y la poca confianza en Dios.

Pues así como a una nave sin timón la empujan las olas de acá para allá, así también al hombre indolente que abandona su propósito diversas tentaciones lo acometen.

El fuego prueba el hierro; la tentación, al justo.

Muchas veces no sabemos lo que podemos; la tentación nos revela lo que somos.

Por eso hay que estar alerta, sobre todo al principio de la tentación; porque con más facilidad se vence al enemigo cuando absolutamente no se le permite pasar la puerta, sino que allá afuera se le resiste luego que toca.

Por eso dijo el poeta Ovidio: «Ataca el mal cuando empieza; tarde llega la medicina cuando el mal avanzó por larga espera».

En efecto, primeramente asoma en la mente un puro pensamiento; luego, una viva imaginación; enseguida viene la delectación, el mal movimiento, y por fin, el consentimiento.

Así el maligno enemigo se nos mete poco a poco hasta mero adentro, si desde el principio no le resistimos.

Y cuanto más tiempo tarda uno en resistirle, tanto más se debilita, día tras día, mientras que el enemigo tanto más se fortalece.

6. Unos sufren sus peores tentaciones al principio de la conversión; otros, al fin.

Algunos sufren tentaciones bastante ligeras, conforme a la sabiduría y equidad de la Providencia, la cual pesa los méritos y el estado de las personas, y todo lo predestina para la salvación de los elegidos.

7. Por esa razón, no perdamos la esperanza cuando seamos tentados. Al contrario, roguemos a Dios con mucho mayor fervor, para que se digne

ayudarnos en toda tribulación. Como dice San Pablo, «dará con la tentación la ayuda necesaria» para que podamos soportarla.

Humillemos nuestras almas bajo la poderosa mano de Dios en toda tentación y tribulación; porque a los humildes de corazón los salvará Dios, y los exaltará.

8. En las tentaciones y tribulaciones se conoce cuánto ha sido el progreso del hombre. En ellas se merece más; en ellas se manifiesta más la virtud.

No es extraño que uno sea piadoso y fervoroso cuando no siente ninguna dificultad. Pero si en tiempo de tentación aguanta con paciencia, entonces sí hay esperanza de mucho progreso.

Algunos triunfan de grandes tentaciones, saliendo vencidos con frecuencia en las ligeras de todos los días; para que humillados, jamás confíen en sí mismos en las grandes, pues en las pequeñas muestran tanta debilidad.

Capítulo XIV

NO JUZGUEMOS TEMERARIAMENTE

1. Mírate a ti mismo, y cuidate de juzgar hechos ajenos. Cuando uno juzga a los demás, pierde el tiempo, a menudo yerra, y fácilmente peca. Mas

cuando se examina uno y se juzga, ese trabajo es provechoso.

Juzgamos de las cosas conforme a nuestra simpatía, pues el amor propio tuerce fácilmente la rectitud de nuestros juicios.

Si Dios fuera siempre el único fin de nuestra intención, no nos alteraríamos tan fácilmente por la oposición a nuestro parecer.

2. Pero muchas veces tenemos adentro algo, y también hay afuera algo juntamente, que al mismo tiempo nos atrae.

Muchos se buscan secretamente en sus actos, sin darse cuenta.

También parecen estar en santa paz cuando las cosas se hacen conforme a su querer y parecer. Pero si se hacen de otro modo de como quieren, pronto se inquietan y entristecen.

Por la divergencia de opiniones y sentires hay frecuentes disensiones entre conciudadanos y amigos, y hasta entre religiosos y piadosos.

3. Antiguas costumbres a duras penas se vencen. Nadie se deja llevar por su gusto más allá de donde alcanza a ver.

Si te apoyas en tu talento y habilidad más que en la virtuosa sumisión a Jesucristo, apenas y tarde llegarás a ser un hombre iluminado; porque Dios quiere que nos sometamos absolutamente a él, y que con el ardiente amor nos elevemos arriba de toda razón.

Capítulo XV

OBRAS HECHAS POR CARIDAD

1. Por ninguna cosa de este mundo, ni por amor de ninguna persona, se debe hacer ninguna cosa mala. Mas por servir a los necesitados, algunas veces se puede interrumpir libremente alguna obra buena, y aun cambiarla por otra mejor. Porque si se hace esto, la obra buena no se pierde; se cambia por otra mejor.

Las obras exteriores sin caridad no tienen ningún valor. Mas todo lo que se hace por caridad, por pequeño e insignificante que sea, es fructuoso en su totalidad.

Dios aprecia más la intención con que hace uno las cosas, que las cosas que hace.

2. El que ama mucho, hace mucho. El que hace bien las cosas, hace mucho.

El que sirve a la comunidad antes que a su voluntad, hace bien.

Muchas veces parece caridad lo que antes es carnalidad; porque rara vez no hay mezcla de inclinación natural, voluntad propia, esperanza de retribución, sentimiento de comodidad.

3. El que tiene caridad verdadera y perfecta no se busca en nada; antes quiere que todo sea solamente para gloria de Dios.

No le tiene envidia a nadie, porque no quiere

gozo ninguno personal, ni gozar en sí mismo; lo que quiere es obtener la bienaventuranza en Dios, sobre todos los bienes.

A nadie atribuye ninguna cosa buena. Lo reduce todo a Dios, de quien, como de una fuente, manan todos los bienes; y en quien, como en su fin, reposan todos los santos, gozando de él.

¡Oh! ¡Quién tuviera una sola chispa de caridad verdadera, cómo sintiera que todo lo terreno es pura vanidad!

Capítulo XVI

SUFRAMOS LOS DEFECTOS AJENOS

1. Lo que no pueda uno corregir en sí mismo o en los otros debe aguantarlo con paciencia hasta que Dios ordene otra cosa.

Considera que quizá sea mejor eso para probar la paciencia, sin la cual no deben tenerse en mucho nuestros méritos.

Sin embargo, tienes que pedir a Dios que se digne de ayudarte a sufrir con paciencia tales dificultades.

2. Si después de advertirle una o dos veces, no cede alguno, no te pongas a pelear con él. Déjasele todo a Dios el cual sabe sacar bienes de males, para

que se haga su voluntad en todos sus siervos, para honra suya.

Procura tener paciencia para soportar los defectos ajenos, y todas las debilidades del prójimo; pues tú también tienes muchos defectos que los demás tienen que aguantar.

Si tú no puedes hacerte como quisieras, ¿podrás hacer a los demás a tu gusto?

Quisiéramos que los demás fueran perfectos; pero nosotros no corregimos nuestros defectos.

3. Queremos que a otros se les corrija estrictamente; pero no queremos que a nosotros se nos corrija.

Nos disgusta la excesiva libertad de otros; pero no queremos que se nos niegue lo que pedimos.

Queremos que se restrinja a otros por medio de reglamentos; pero no queremos que a nosotros se nos estreche más.

Así se ve claro cómo no consideramos las más veces al prójimo como a nosotros mismos.

Si todos fueran perfectos, ¿qué tendríamos que sufrir por amor de Dios?

4. Dios ha dispuesto en este mundo las cosas de esta manera, para que «llevemos los unos las cargas de los otros». Porque todos tenemos defectos, todos llevamos nuestra carga. Nadie se basta a sí mismo, nadie sabe todo lo que necesita. Por eso debemos todos sobrellevarnos mutuamente, consolarnos, ayudarnos, instruirnos y aconsejarnos.

La mejor ocasión de saber el progreso de alguno

es la llegada de la adversidad. Porque las ocasiones no hacen frágil al hombre; sólo manifiestan cómo es.

Capítulo XVII

LA VIDA RELIGIOSA

1. Si quieres vivir en paz y concordia con otros, tienes que aprender a quebrantar tu voluntad en muchas cosas.

No es poco vivir en un convento o congregación, tratar allí con los demás sin querella, y perseverar fielmente hasta morir.

¡Dichoso quien allí bien vivió, y felizmente acabó!

Si quieres estar y progresar como debes, considérate como desterrado y viajero sobre la tierra.

Si quieres llevar vida religiosa, necesitas volverte tonto por amor a Cristo.

2. El hábito y la tonsura contribuyen poco. El cambio de costumbres y la mortificación total de las pasiones hacen al verdadero religioso.

Quien allí buscare otra cosa que sólo Dios y la salvación de su alma, sólo hallará penas y dolor.

Tampoco vivirá mucho tiempo en paz el que no procure ser el más pequeño, y estar sujeto a todos.

3. No has venido a mandar, sino a obedecer. Comprende que has sido llamado a sufrir y a trabajar, no a estar demás y charlar.

De modo que aquí se prueba a los hombres como el oro en el crisol.

Aquí nadie puede estar, si por Dios y con toda su alma no se quiere humillar.

Capítulo XVIII

EJEMPLO DE LOS SANTOS PADRES

1. Mira los inmortales ejemplos de los santos Padres, en quienes brilló la verdadera perfección y el espíritu religioso, y verás qué poco, aun casi nada, es lo que hacemos.

¡Ay! ¿Qué vale nuestra vida, si a la suya se compara?

Aquellos santos, aquellos amigos de Cristo, sirvieron al Señor en hambre y sed, en frío y ayunos, en oraciones y santas meditaciones, en persecuciones y numerosos oprobios.

2. ¡Oh, cuántas y cuán graves tribulaciones padecieron los apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y todos los demás que las huellas de Cristo quisieron seguir!

Ellos odiaron en este mundo sus vidas, para poseerlas eternamente en el otro.

¡Oh, qué vida tan estrecha y abnegada llevaron los santos Padres del desierto, qué largas y graves tribulaciones padecieron, qué seguido los molestaba el enemigo, qué frecuentes y férvidas oraciones a Dios elevaban, qué abstinencia tan rígida observaban, qué gran celo y fervor tenían por el progreso espiritual, qué guerra tan encarnizada les hacían a los vicios, hasta dominarlos, cómo era Dios el puro y recto término de su intención!

De día trabajaban, de noche, a larga oración se entregaban; pero aun en el trabajo, la oración mental jamás abandonaban.

3. Gastaban útilmente todo su tiempo; cortas les parecían las horas para dedicarse a Dios; y por la gran dulzura de la contemplación hasta se les olvidaba que tenían que comer.

Renunciaban a todas las riquezas, dignidades, honores, amigos y parientes; de este mundo nada querían tener; apenas tomaban lo necesario para la vida; aun les pesaba cuidar del cuerpo en lo necesario.

De manera que eran pobres en bienes terrenales; riquísimos en gracia y virtudes.

En cosas exteriores padecían necesidad; en su interior tenían abundancia de la gracia y consuelos divinos.

4. Extraños al mundo, de Dios eran íntimos y familiares amigos.

Ellos creían que nada valían, y para el mundo eran despreciables; mas a los ojos de Dios eran muy estimables y amables.

Vivían con verdadera humildad, estaban bajo sincera obediencia, se portaban con caridad y paciencia; por eso progresaban diariamente en cosas del espíritu, y alcanzaban gran favor con Dios.

Se nos han puesto de modelo a todos los religiosos; y más nos deben ellos excitar al mejoramiento que tantos tibios al relajamiento.

5. ¡Oh, qué grande era el fervor de todos los religiosos en los comienzos de su santa institución!

¡Oh, qué devotos eran para orar, cuánta emulación para la virtud tenían, qué gran disciplina reinaba entre ellos, cuánto respeto y obediencia bajo el gobierno del maestro brillaba en todos!

Las huellas que nos dejaron prueban que fueron perfectos y santos de veras, aquellos hombres que tan valerosamente combatiendo, el mundo con desprecio pisotearon.

Pero ahora ya se considera una gran cosa que alguien no haya pecado, que con paciencia haya sufrido lo que recibió.

6. ¡Ay, que tan pronto decaigamos del primer fervor, que de cansados y tibios nos aburra ya la vida!

¡Ojalá que no te adormezcas totalmente para el progreso en la virtud, tú que tantos ejemplos de personas piadosas tantas veces has visto!

Capítulo XIX

EJERCICIOS DEL BUEN RELIGIOSO

1. La vida del buen religiosos debe resplandecer con toda clase de virtudes, para que interiormente sea tal cual exteriormente les parece a los hombres.

Y justamente debe ser mejor interiormente de lo que exteriormente aparece; porque nos mira Dios, a quien debemos infinito respeto donde quiera que estemos, caminando en presencia suya puros como los ángeles.

Debemos renovar todos los días nuestro propósito, excitándonos al fervor como si hoy mismo acabásemos de llegar a la religión, diciendo así: ayúdame, Señor, Dios mío, a cumplir mi buen propósito, a dedicarme a tu santo servicio. Concédeme la gracia de comenzar ahora, en este día, con perfección; porque hasta aquí no he hecho nada.

2. Como es nuestro propósito es el curso que sigue nuestro progreso. Necesita ser muy activo el que mucho quiera progresar.

Pues, si el que hace fuertes propósitos, muchas veces falla; ¿qué será del que rara vez hace algún propósito, o no lo hace muy firme?

Por diversos motivos sucede que abandonemos los propósitos. La omisión a la ligera de nuestros ejercicios para apenas sin pérdida.

El propósito del justo se apoya en Dios más que

en la propia prudencia; en Dios, en quien confía para todo aquello que emprende.

El hombre propone, pero Dios dispone; porque el camino del hombre no depende de él.

3. Si se omite a veces un ejercicio de costumbre por razón de piedad, o bien por ayudar a un hermano, esa omisión fácilmente se podrá reparar después.

Pero si se omite a la ligera por indolencia espiritual, o por descuido, es cosa bastante culpable, y su daño se sentirá.

Por más que nos empeñemos, todavía fallaremos en mucho.

Debemos proponernos siempre una cosa determinada, especialmente contra lo que más nos estorbe.

Debemos examinar y ordenar tanto nuestro interior como nuestro exterior; porque ambas cosas contribuyen al progreso.

4. Si no puedes tener el espíritu continuamente recogido, recógelo algunas veces: al menos una vez al día, en la mañana o en la noche.

En la mañana propón; en la noche examina tus acciones: cómo te portaste en palabras, obras y pensamientos. Puede ser que hayas ofendido varias veces a Dios y al prójimo.

Armame como un soldado contra las tentaciones diabólicas. Reprime la gula, y así domarás con mayor facilidad todas las pasiones carnales.

Nunca estés enteramente demás; sino escribiendo

do, leyendo, rezando, meditando, o haciendo alguna cosa que le sirva a la comunidad.

Sin embargo, los ejercicios corporales se harán con discreción, porque no todos pueden hacerlos por igual.

5. Lo que no sea común no debe hacerse afuera, pues en privado se practica mejor lo particular.

Pero cuidado con ser pronto para lo privado, y flojo para lo común. Hecho lo debido y prescrito, si todavía te sobra tiempo, dedícate a ti mismo, como te pida tu devoción.

No todos pueden hacer el mismo ejercicio. A uno le sirve más uno; a otro, otro.

Hasta le gustan a uno ejercicios diferentes, en conformidad con la diferencia de los tiempos. Unos gustan más en días de fiesta; otros, entre semana.

De unos necesitamos en tiempo de tentación; de otros, en tiempo de paz y consuelo.

En unas cosas nos gusta pensar cuando estamos tristes; en otras, cuando sentimos la alegría del Señor.

6. En tiempo de las festividades principales se deben renovar los buenos ejercicios, implorando con más fervor la intercesión de los santos.

Debemos hacer nuestros propósitos de una festividad a otra, como si para entonces hubiéramos de partir de este mundo, llegando a la eterna festividad.

Por eso debemos prepararnos cuidadosamente en los tiempos sagrados, viviendo con más piedad.

con más rigor en guardar todas las observancias, como si en breve hubiéramos de recibir de Dios el premio de nuestro trabajo.

Si ese premio tarda en llegar, pensemos que todavía no estaremos bien preparados, que todavía no seremos dignos de esa gloria que se manifestará en nosotros en el tiempo predeterminado; y esforcémonos por prepararnos mejor para el viaje.

Dice San Lucas evangelista: «Dichoso el criado que al llegar su amo lo hallare velando. Yo os aseguro que lo nombrará administrador de todos sus bienes».

Capítulo XX

AMOR A LA SOLEDAD Y AL SILENCIO

1. Busca tiempo a propósito para dedicarte a ti mismo; recuerda con frecuencia los beneficios de Dios.

Deja las lecturas curiosas. Lee cosas que le den compunción más bien que mera ocupación.

Hallarás tiempo suficiente y oportuno para dedicarte a meditaciones santas, si evitas las charlas inútiles, las vueltas ociosas, la curiosidad de oír rumores y novedades.

Los mayores santos evitaban en lo posible la

compañía de los hombres, prefiriendo servir a Dios en lo apartado.

2. Dijo Séneca: «Siempre que estuve entre hombres, hombre más pequeño volví». Esto nos pasa con frecuencia cuando platicamos mucho.

Es más fácil guardar completo silencio que no excederse en palabras.

Es más fácil encerrarse en su casa que guardarse bien fuera de ella.

El que intente llegar a lo interior y espiritual, tiene que apartarse con Jesús de la muchedumbre.

Nadie se deja ver con seguridad, si no prefiere estar oculto.

Nadie habla seguro, si no prefiere callar.

Nadie está seguro arriba, si no prefiere estar abajo.

Nadie manda seguro, si no aprendió bien la obediencia.

Nadie se regocija seguro, si la conciencia no le da buen testimonio.

3. A pesar de todo, la seguridad de los santos ha estado siempre llena de temor de Dios. No por haber brillado por sus grandes virtudes y gracia, fueron menos cuidadosos y humildes.

La seguridad de los malos viene de soberbia y presunción, y acaba en la propia ilusión.

Nunca esperes seguridad en esta vida, aunque parezcas ser buen cenobita o piadoso eremita.

4. Muchas veces, personas que los hombres

creían mejores, tuvieron peor peligro por su confianza excesiva.

Por esa razón, es más útil a muchos el no verse totalmente libres de tentaciones; el sufrir sus frecuentes ataques; para que no se sientan demasiado seguros, no sea que se alcen con soberbia, o se baten a buscar consuelo exteriores indebidos.

¡Oh, qué pura tendría la conciencia el que pasajeras alegrías nunca buscara, el que de este mundo nunca se ocupara!

¡Oh, qué profunda paz y reposo tuviera el que codo necio cuidado se sacudiera, solamente cosas divinas y saludables pensara y toda su esperanza sólo en Dios la pusiera!

5. Nadie merece la celestial contemplación, si primero no se ejercita en la santa compunción.

Si quieres compungirte hasta el fondo del corazón, métete en tu alcoba dejando allá afuera todo el bullicio del mundo, como está escrito: «que el dolor os traspase en vuestros lechos».

En la celda hallarás lo que muchas veces afuera perderás. La celda continuamente habitada gusta, mientras que muy abandonada disgusta. Si en los comienzos de tu conversión la habitas y cuidas bien, será más tarde amiga querida, gratísimo consuelo.

6. En el silencio y reposo, progresa el alma piadosa y llega a penetrar los misterios de las Escrituras.

Allí encuentra manantiales de lágrimas con que

lavarse y purificarse todas las noches, para hacerse tanto más amiga de su Creador, cuánto más lejos vive de todo el bullicio del mundo.

Al que se retira de amigos y conocidos, se le acerca Dios con sus ángeles santos.

Vale más ocultarse y cuidarse que hacer milagros y descuidarse.

Es de alabarse en el religioso el salir poco el huir de ser visto, el no querer ver tampoco a los hombres.

7. ¿Por qué quieres ver lo que no se te permite tener? «Pasa el mundo, y la concupiscencia del mundo».

Los deseos sensuales te arrastran a salir a pasear. Pero, pasada aquella hora, ¿con qué vuelves sino con remordimiento de conciencia y disipación de corazón?

Salida alegre suele ser causa de vuelta triste, y noche alegre de mañana triste.

Así, toda alegría sensual se desliza blandamente; pero al cabo daña y quita la vida.

¿Qué podrás ver en otra parte, que no puedes ver aquí?

Aquí ves el cielo y la tierra, y en fin todos los elementos de que se componen todas las cosas.

8. ¿Qué cosas puedes en alguna parte ver que mucho pueda bajo el sol permanecer?

Quizá piensas que te llenarás; eso, jamás lo conseguirás.

Si vieras presentes todas las cosas, ¿qué sería eso sino ver cosas vanas?

Alza los ojos a Dios allá en las alturas, pidiéndole perdón de tus pecados y negligencias. Deja las locuras a los locos; tú atiende a lo que Dios te ordenó.

Cuando entres, cierra la puerta y llama a tu amado Jesús.

Quédate con él en tu celda, pues en ninguna otra parte hallarás tanta paz.

Si no hubiera salido, ni oído ningún rumor, en dulce paz mejor te mantuvieras. Por gustarte oír a veces novedades, es preciso que por eso sufras inquietud de corazón.

Capítulo XXI

COMPUNCION DEL CORAZON

1. Si quieres progresar algo, vive en el temor de Dios y no seas demasiado libre; ten todos tus sentidos sujetos bajo la disciplina, y no te abandones a inconveniente alegría.

Entrégate a la compunción del corazón, que allí encontrarás la devoción.

La compunción gana muchos bienes que pronto suele perder la disipación.

Es extraño que un hombre que considere y mida la magnitud de su destierro, y tantos peligros de su alma, tenga alguna vez entera alegría en esta vida.

2. Por ligereza de alma y descuido de nuestros defectos no sentimos las dolencias de nuestras almas; y por eso muchas veces reímos como locos, cuando tanta razón habría para llorar.

Sólo hay libertad verdadera y alegría segura en el temor de Dios y la conciencia pura.

¡Dichoso el que puede quitarse todo estorbo de distracción, y recogerse, uniéndose a Dios con la santa compunción!

¡Dichoso aquel que de sí sacude cuanto pudiera manchar o gravar su conciencia!

Combate varonilmente, pues una costumbre se desarraiga con otra.

3. Si tú sabes dejar a los hombres, ellos también te dejarán hacer tus cosas.

No te metas en cosas ajenas, ni te entrometas en asuntos de superiores.

Ante todo, ten fijos en ti mismo los ojos de manera particular, exhortándote más que a todos aquellos que amas.

No te dé tristeza por no gozar de la estima de los hombres. Lo que sí debe dolerte es el no vivir con toda la virtud y circunspección que cuadran a un siervo de Dios, a un religioso piadoso.

Suele ser más útil y seguro que el hombre no tenga tantas consolaciones en esta vida, particularmente de las sensibles.

Pero, de no tener consolaciones divinas, o de gozarlas solamente de tarde en tarde, nosotros tenemos la culpa, por no buscar la compunción del corazón, ni rechazar totalmente los consuelos exteriores y vanos.

4. Reconóciate indigno de la divina consolación, y más bien digno de mucha tribulación.

Cuando el hombre está bien compungido, siente molesto y amargo todo lo del mundo.

El hombre bueno tiene bastante por qué sufrir y llorar.

Ya se considere a sí mismo o mire a su prójimo, se da cuenta de que en este mundo todos vivimos con alguna aflicción.

Y cuanto más bien se considera, tanto más grande es su dolor.

Objeto de justo dolor y compunción del corazón deben ser nuestros vicios y pecados, en los cuales tan enredados estamos, que las cosas del cielo rara vez podemos contemplar.

5. Si con más frecuencia pensaras en morir que en vivir largamente, sin duda que con más celo te enmendarás.

Y seriamente meditarás las penas que en el infierno y en el purgatorio ha de haber, creo que bien quisieras sufrir trabajos y dolor, sin temer ningún rigor.

Mas como estas consideraciones no penetran hasta el alma, y todavía nos gustan las blanduras, seguimos muy tibios y hasta fríos.

6. Suele ser falta de espíritu por lo que tan fácilmente se queja este cuerpo miserable.

Ruega, pues, humildemente al Señor que te dé espíritu de compunción, diciéndole con el profeta: «aliméntame, Señor, con pan de lágrimas; dame a beber abundante llanto».

Capítulo XXII

LA MISERIA HUMANA

1. Serás desgraciado dondequiera que estés, a dondequiera que vayas, si no te conviertes a Dios.

¿Por qué te inquietas cuando no te resulta lo que querías y deseabas? ¿Hay quien tenga todo a su gusto? Nadie: ni yo, ni tú, ni ningún hombre sobre la tierra.

No hay en el mundo quien no tenga alguna tribulación o angustia, aunque sea rey o papa.

¿Quién está mejor? Sin duda el que puede sufrir algo por Dios.

2. Dicen muchos imbéciles y débiles: mira qué buena vida se da ese señor, qué rico es, qué grande, poderoso y encumbrado.

Pero, mira los bienes celestiales, y comprenderás que todos esos bienes temporales no valen nada, son muy inseguros, y más bien molestan; porque nunca se tienen sin zozobra y sin temor.

La felicidad del hombre no requiere abundancia de bienes; una medianía le basta.

Vivir sobre la tierra es una verdadera miseria.

Cuanto más espiritual quiere ser el hombre, tanto más amarga le parece la presente vida, porque siente más y ve con más claridad, las miserias de la corrupción humana.

En efecto, el comer, beber, velar, dormir, descansar, trabajar, y las demás necesidades naturales a que uno está sujeto son de veras una gran miseria y aflicción para el hombre piadoso que mejor quisiera estar desembarazado y libre de todo pecado.

3. Efectivamente, al hombre interior le molestan mucho las necesidades corporales de este mundo.

Por eso, ruega el profeta con fervor para verse libre de ellas, clamando: «líbrame, oh Señor, de mis necesidades».

Pero, ¡ay de los que no se dan cuenta de su desdicha; y peor todavía de aquellos que aman esta vida miserable y corruptible!

Porque algunos están tan apegados a ella, que si pudieran vivir siempre aquí, en el reino de Dios no pensarán; y eso aunque apenas consigan lo necesario, trabajando o mendigando.

4. ¡Oh, locos, de corazón pagano, que tan sepultados yacen en las cosas de la tierra, que en lo carnal sólo piensan!

Pero al cabo sentirán con dolor los desdichados qué vil, qué nada es lo que tanto amaron.

En cambio, los santos de Dios, todos los buenos amigos de Cristo, no atendían a las cosas que a la carne halagaban, ni a lo que en esta vida florecía: toda su esperanza, todo su intento, por los bienes eternos anhelaban.

Todo su deseo los arrebatava a lo alto, a lo invisible y permanente, para que el amor de lo visible a cosas bajísimas no los arrastrara.

Hermano mío, no pierdas la esperanza de progresar en el espíritu: todavía tienes tiempo oportuno.

¿Por qué dejar tu propósito para mañana? Arriba: comienza luego, diciendo: éste es el tiempo de obrar, éste es el tiempo de pelear, éste es el tiempo oportuno para enmendarme.

Cuando estés malo y afligido es tiempo de merecer. Tienes que pasar por fuego y agua antes de llegar al reposo.

Si no te haces violencia, no triunfarás del vicio.

Mientras llevemos este cuerpo miserable no podemos dejar de pecar, ni vivir sin fastidio y dolor.

Nos gustara descansar de todas nuestras miserias. Pero, ya que por el pecado perdimos la inocencia, la verdadera dicha también la perdimos.

Por eso es necesario tener paciencia, esperar en la clemencia de Dios, hasta que pasen estos males, y quede la muerte absorbida en la vida.

5. ¡Oh, qué frágil es el hombre, inclinado siempre a los vicios!

Hoy confiesas tus pecados, y ya mañana vuelves a cometer los mismos que confesaste.

Ahorita te propones cuidarte, y una hora después ya te portas como si nada te hubieras propuesto.

De modo que justamente debemos humillarnos, y nunca tenernos en mucho, por ser tan frágiles y mudables.

Pronto se puede perder por negligencia lo que a duras penas se alcanzó al fin por la gracia.

6. ¿Qué será de nosotros al fin cuando tan al principio nos entibiamos?

¡Ay de nosotros si ya queremos echarnos a reposar, como si ya estuviéramos en paz y seguridad, siendo así que en nosotros no se ven todavía señales ningunas de santidad verdadera! ¡Qué necesario fuera que otra vez nos formaran como a los novicios en las mejores costumbres, por si acaso hubiere alguna esperanza de enmienda en lo futuro, de mayor progreso en el espíritu!

Capítulo XXIII

REFLEXIONES ACERCA DE LA MUERTE

1. Muy pronto vendrá tu fin en este mundo. Mira por tu parte en qué estado te encuentras; por-

que hoy existe el hombre, y mañana ya no aparece.

Y cuando se le quita de enfrente, también pronto se va de la mente.

¡Oh, aturdimiento y dureza del corazón humano que solamente considera lo presente, sin prever más bien lo futuro! En todos tus actos, en todos tus pensamientos, debieras conducirte como si hoy mismo hubieras de morir.

Si buena conciencia tuvieras, la muerte no tanto temieras.

Mejor fuera el pecado evitar, que la muerte querer ahuyentar.

Si hoy no estás preparado, ¿lo estarás mañana? El día de mañana no es seguro. ¿Cómo sabes tú que mañana vivirás?

2. ¿De qué nos sirve vivir mucho, si nos enmendamos tan poco?

¡Ay, que una larga vida no siempre corrige, antes suele aumentar más las culpas!

¡Siquiera hubiéramos vivido bien en el mundo un sólo día!

Muchos llevan la cuenta de sus años de conversión, pero a menudo poco es el fruto de corrección.

Si temible es el morir, tal vez sea más peligroso el mucho vivir.

¡Dichoso aquél que tiene siempre a la vista la hora de su muerte, y a la muerte todos los días se prepara!

Si has visto morir a alguno, piensa que tú también pasarás por ese camino.

3. Cuando amanezca, piensa que no anochece-rás; y cuando anochezca, no estés seguro de amanecer.

Vive siempre preparado, viviendo de tal manera que la muerte no te sorprenda desprevenido.

Muchos mueren de repente, y desprevenidos, pues el Hijo del hombre llegará cuando menos se piense.

Al llegar aquella hora suprema, comenzarás a pensar muy de otra manera acerca de tu vida pasada, doliéndote mucho el haber sido tan descuidado y tan desidioso.

4. ¡Qué dichoso y qué prudente el que procura pasar la vida como quisiera que lo hallara la muerte!

Gran confianza de morir bien, infundirá el entero desprecio del mundo, el anhelo ferviente de adelantar en la virtud, el amor de la observancia, la aspereza de la penitencia, la prontitud en la obediencia, la abnegación de sí mismo, y el soportar toda clase de adversidades por amor a Cristo.

Estando sano, puedes hacer muchas obras buenas; estando enfermo, quién sabe qué podrás hacer.

De resultas de una enfermedad pocos mejoran de vida. Los que mucho viajan rara vez se hacen santos.

5. No confíes en amigos y parientes, ni dilates tu conversión hasta más tarde... Más pronto de lo que piensas, los hombres te olvidarán. Es mejor proveer ahora a tiempo, echando por delante al-

gunas obras buenas, que esperar en ayudas ajenas.

Si ahora no te preocupas tú por ti mismo, ¿quién se preocupará por ti después?

Ahora es el tiempo muy valioso: éstos son los días de salvación, éste es el tiempo favorable.

Pero... ¡qué lástima que no lo aproveches mejor pudiendo hacer méritos para la vida eterna!

Llegará el tiempo, el día, en que desees siquiera un día, siquiera una hora para enmendarte, y quién sabe si lo alcanzarás.

6. ¡Ah, queridísimo amigo! ¡De qué gran peligro puedes escapar, de qué gran temor verte libre, si ahora andas siempre con miedo a la muerte, recelando su llegada!

Procura vivir ahora de tal modo que a la hora de la muerte más bien tengas alegría que temor.

Ejercítate ahora en morir al mundo, para que entonces empieces a vivir con Cristo.

Ahora practica el desprecio de todo, para que entonces puedas irte sin trabas con Cristo.

Mortifica ahora tu cuerpo con la penitencia, para que entonces tengas confianza segura.

7. Dime, tonto: ¿cómo calculas vivir mucho, si ni un solo día tienes seguro?

¡Cuántos ilusos dejaron inesperadamente muertos sus cuerpos!

¡Cuántas veces habrás oído contar que uno cayó de una altura y se quebró la nuca, aquél se quedó tieso comiendo, y aquél otro acabó la vida jugando!

Uno murió ardido, otro traspasado del hierro,

ése, de peste, aquél, a manos de bandidos: así acaban todos muriendo, y veloz como una sombra pasa la vida del hombre sobre la tierra.

8. Después de muerto, ¿quién se acordará de ti? ¿Quién rezará por ti?

Haz ahora, haz ahora lo que puedas, queridísimo amigo; porque no sabes cuándo morirás, ni qué pasará después de tu muerte.

Mientras tengas tiempo, atesora riquezas inmortales.

Atiende solamente a tu salvación; preocúpate sólo de las cosas de Dios.

Ahora gánate amigos, venerando a los santos de Dios, imitando sus virtudes; para que cuando mueras «te reciban en las moradas eternas».

9. Vive en la tierra como viajero, como un extranjero a quien los asuntos del mundo nada le importan.

Ten el corazón siempre libre y levantado hacia Dios; porque tu habitación aquí no es permanente.

Al cielo eleva todos los días tus oraciones, tus gemidos, para que tu espíritu merezca irse con Dios después de tu muerte. Amén.

Capítulo XXIV

JUICIO Y SUPPLICIO DE LOS PECADORES

1. En todo mira el fin, cómo estarás ante aquel

severo juez a quien nada se oculta, que ni se ablanda con regalos, ni admite excusas, sino que fallará conforme a justicia.

—Miserable, loco pecador, ¿qué responderás a Dios que sabe todos tus pecados, tú que a veces te acobardas al ver un hombre con cara enojada?

¿Por qué no te previenes para el día del juicio, para ese día en que nadie podrá disculpar ni defender a nadie, porque apenas podrá cada cual con su propia carga?

Tu trabajo es ahora provechoso, tu llanto conmueve, tus gemidos son escuchados, el arrepentimiento satisface por tus pecados y te purifica.

2. Grande y saludable purgatorio tiene aquí el hombre sufrido que al recibir una injuria más le duele la maldad del otro que la ofensa propia, que con gusto hace oración por sus adversarios, perdonándoles con sinceridad sus ofensas, que no tarda en pedir perdón a los demás, que más fácilmente se compadece que se enoja, que a menudo se hace fuerza para sujetar plenamente la carne al espíritu.

Es mejor purificarse ahora de los pecados, y quitarse los vicios que esperar a purificarse después.

Realmente, nos engañamos por el desordenado amor que le tenemos a la carne.

3. ¿Qué otra cosa consumirá aquel fuego, sino tus pecados?

Cuanto más te guardes de sufrir y más te dejes arrastrar de las inclinaciones carnales, tanto más

dura será tu expiación, tanto más combustible para el fuego dejarás.

Allá se castigará severamente al hombre con aquello mismo que pecó.

Allí se picará a los perezosos con agujones ardientes, y los golosos sufrirán el tormento de hambre y sed horrorosas.

Allí todos los lascivos y amigos de deleites serán bañados con pez ardiente y hediondo azufre, y los envidiosos aullarán de dolor como perros furiosos.

4. No habrá vicio que allí no tenga su propio suplicio.

Allí, los orgullosos serán colmados de humillaciones; los codiciosos, serán reducidos a la última miseria.

Peor será allí una hora de castigo, que aquí cien años de terrible penitencia.

Allí no tendrán los condenados descanso ninguno, consuelo ninguno; acá, se descansa de vez en cuando del trabajo, y se goza del consuelo de los amigos.

Vive ahora preocupado y arrepentido de tus pecados, para que el día del juicio estés seguro con los bienaventurados.

En efecto, «los justos estarán entonces con gran ánimo contra aquellos que los humillaron y oprimieron».

Se sentará entonces a juzgar quien ahora se somete humildemente al juicio de los hombres.

El pobre y el humilde sentirán entonces una

gran confianza, mientras que el orgulloso sentirá pavor de todo.

5. Entonces se verá que fue sabio en este mundo el que aprendió a ser tonto y despreciable por Cristo.

Gustará entonces toda aflicción llevada con paciencia, y «toda iniquidad se tapaná a boca».

Gozarán entonces todos los devotos, y tendrán tristeza todos los indevotos.

Más se alegrará entonces la carne afligida, que si en delicias hubiera siempre nutrida.

Resplandecerá entonces el tosco vestido, y perderá el fino todo su brillo.

Más admiración se tendrá entonces por el pobre techado que por el palacio dorado.

De más servirá entonces la continua paciencia que del mundo la grande potencia.

Más se elogiará entonces a la simple obediencia que del siglo la astuta prudencia.

6. Más contento causará entonces la pura y buena conciencia que de la filosofía la profunda sapiencia.

Mayor valor tendrá entonces el desprecio de las riquezas que todos los tesoros dela tierra.

Más gozarás entonces de un rezo devoto que de un delicado banquete.

Más gozarás entonces de haber guardado silencio estrictísimo que de haber platicado larguísimo.

Más valdrán entonces las buenas obras que las palabras bonitas.

Más agrada entonces la estrecha vida y la dura penitencia que todos los placeres mundanos.

Aprende ahora a sufrir lo pequeño para que entonces puedas de cosas más graves librarte.

Primero haz aquí la prueba de lo que podrás sufrir después.

Si ahora no puedes aguantar tan poco, ¿podrás sufrir los tormentos eternos después?

Si ahora cualquier dolorcito te causa impaciencia, ¿tendrás paciencia allá en el infierno?

Mira que verdaderamente no puedes tener dos goces: los placeres del mundo, acá, y los del reino de Cristo, allá.

7. Si hasta hoy hubieras vivido siempre en medio de honores y placeres, ¿de qué te habría servido todo, si en este momento hubieras de morir?

Luego todo es vanidad, menos el amar a Dios y servirle a él solo.

En efecto, el que ama a Dios con toda el alma no le tiene miedo a la muerte, ni a los suplicios, ni al infierno; porque el amor perfecto da entrada segura hacia Dios.

Pero no es extraño que tenga miedo a la muerte y al juicio el que todavía se deleita en pecar.

Sin embargo, es bueno que si el amor no te aparta todavía del mal, al menos te refrene el miedo al infierno.

Pero el que descuida el temor de Dios no podrá durar mucho tiempo en la virtud; pronto caerá en la trampa del diablo.

Capítulo XXV

FERVOROSA ENMIENDA DE TODA NUESTRA VIDA

1. Vela y trabaja con empeño en el servicio de Dios, recordando a menudo a qué viniste, y por qué abandonaste el mundo.

¿No fue para servir a Dios y convertirte en hombre espiritual?

Por esa razón emprende fervientemente el progreso, pues en breve recibirás el premio de tus fatigas, y entonces ya no habrá en tu tierra ni temor ni dolor.

A cambio de poco trabajo recibirás mucho descanso, y perpetua alegría. Si tú perseveras fiel y fervientemente en el trabajo, Dios te pagará sin duda alguna fiel y generosamente.

Espera firmemente llegar a la palma; pero no te conviene tener absoluta seguridad, para que no te hagas indolente o arrogante.

2. Una vez entró a una iglesia un hombre que con frecuencia oscilaba entre el temor y la esperanza. Allí se puso a orar postrado ante un altar, y se decía; ojalá supiera que he de perseverar hasta el fin. Luego oyó dentro de sí esta respuesta divina: ¿Qué harías, si lo supieras? Pues haz ahora lo que en ese caso harías, y así estarás bien seguro. Enseguida se llenó de consuelo, se fortaleció, se abando-

no a la voluntad de Dios, y se le quito aquella vacilación tan penosa. Ya no más quiso investigar ansiosamente el porvenir; más bien se esforzaba por saber cuál era la voluntad de Dios, cuál su perfecto beneplácito, para empezar y acabar toda clase de obras buenas.

3. «Espera en Dios, haz el bien, habita la tierra, y gozarás de su riqueza», dice el profeta.

Una sola cosa desanima a muchos de progresar y enmendarse fervientemente: el miedo a lo difícil, a lo duro de la lucha.

En realidad, los que se distinguen entre todos por su adelanto en la virtud son aquellos que más varonilmente se esfuerzan por vencer lo más pesado y difícil para ellos.

En efecto, más adelanta el hombre y mayor gracia merece cuanto más se vence y se mortifica en su espíritu.

4. Pero no todos tienen iguales pasiones que vencer y mortificar.

Sin embargo, un hombre celoso y activo, aunque tenga más pasiones, será más valiente para el progreso que otro de mejores inclinaciones, pero menos fervoroso para la virtud.

Dos son las cosas que contribuyen principalmente a enmendarse mucho; la fuerte resistencia a las malas inclinaciones naturales, y la invencible perseverancia en perseguir la virtud de que uno tiene más necesidad.

Procura también evitar y vencer aquellos defec-

tos que con más frecuencia te disgusta ver en los demás.

5. Aprovecha todo para el progreso; de modo que cuando veas u oigas contar buenos ejemplos inflámate en deseos de imitarlos. Pero si algo ves reprehensible, guárdate de hacer lo mismo; si ya lo has hecho, corrígete pronto.

Así como tus miradas se fijan en los demás, así las suyas se fijan en ti.

¡Qué gusto, qué contento se siente al ver a nuestros hermanos llenos de fervor y de piedad, con buenas costumbres y disciplina!

¡Pero qué terrible y triste verlos vivir en el relajamiento, sin hacer las cosas a que fueron llamados!

¡Cuánto daña el abandonar el fin de su vocación, dedicándose a lo que a uno no se encomienda!

6. Recuerda el propósito que hiciste, y pon frente a ti la imagen del Crucificado. Debiera darte vergüenza al mirar la vida de Jesucristo, porque todavía no has procurado hacerte más semejante a él, aunque hace ya mucho tiempo que sigues el camino de Dios.

El religioso que medita con atención y piedad la vida santísima del Señor y su pasión, encontrará allí en abundancia todo lo que le sea útil y necesario, sin tener por qué buscar fuera de Jesús alguna cosa mejor.

¡Oh, sí Jesús crucificado dentro de nuestro corazón penetrara, qué pronto y qué bien nos enseñara!

7. El religioso ferviente recibe y soporta bien todo lo que se le manda.

En cambio, el religioso negligente y tibio sufre angustia tras angustia, y todo le aflige; porque ni tiene consolación interior, ni se le deja buscar la exterior.

El religioso que vive fuera de disciplina está expuesto a graves caídas.

El que busca lo más laxo y lo más flojo padecerá siempre angustia; porque le disgustará una cosa o todas.

8. ¿Cómo viven tantos otros religiosos que llevan vida bastante estrecha bajo la disciplina claustral? Salen poco, viven retirados, comen muy mal, se visten de burdo paño, trabajan mucho, hablan poco, velan hasta muy noche, madrugan, oran largo, leen a menudo, y por fin, se guardan con toda manera de disciplina.

Mira cómo los cartujos, cistercenses, y otros monjes y monjas de diferentes órdenes se levantan todas las noches a cantar himnos al Señor.

Por esa razón, sería una vergüenza que tuvieras tú pereza para obra tan santa, cuando tan gran muchedumbre de religiosos empieza a cantar jubilosa para honrar al Señor.

9. ¡Oh, si no tuviéramos más que hacer que alabar a nuestro Dios y Señor con todo nuestro corazón y con toda nuestra boca! ¡Oh, si nunca tuvieras necesidad de comer, beber, dormir, pudiendo estar siempre alabando a Dios, dedicado puramente a